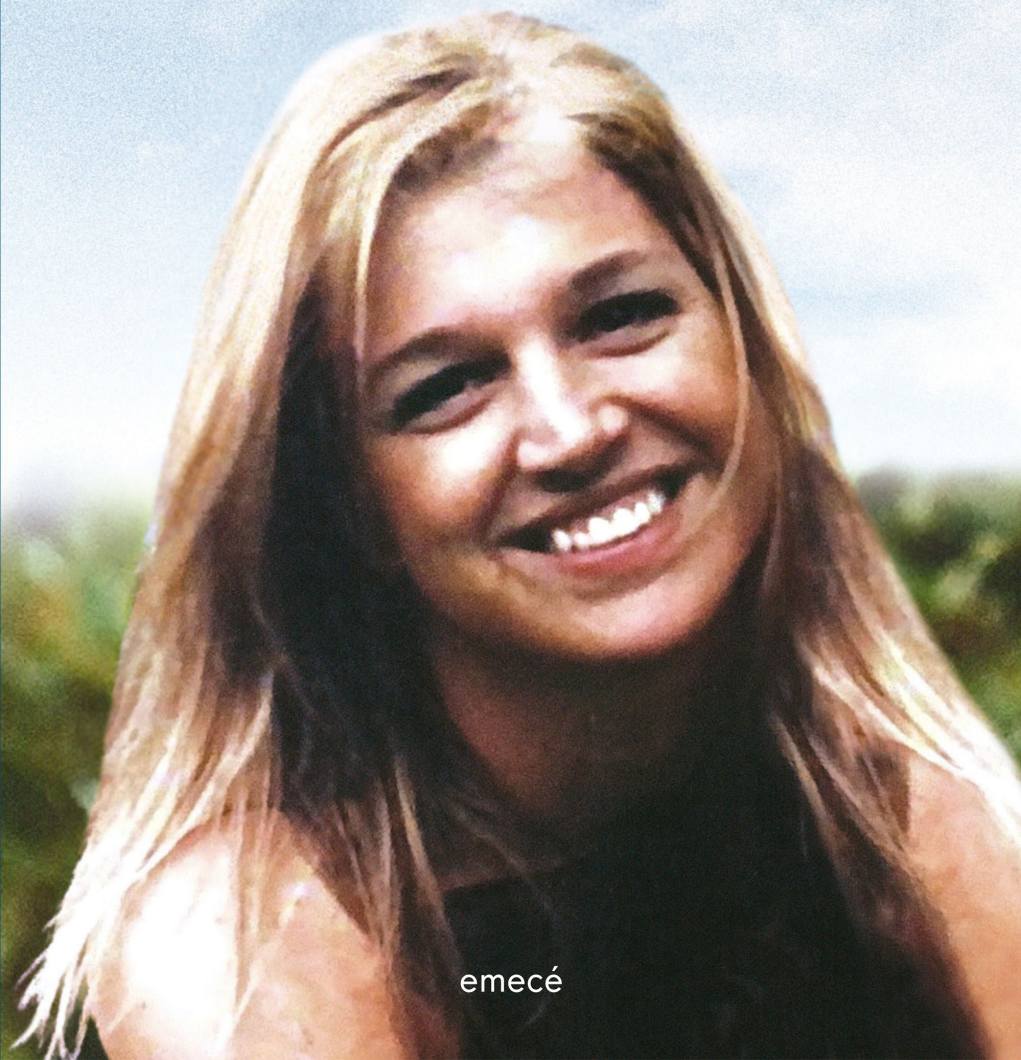


MARCIA LUYTEN

MÁXIMA ZORREGUIETA

Madre Patria



emecé

Marcia Luyten

Máxima Zorreguieta Madre Patria

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

Esta publicación ha sido posible con el apoyo financiero
de la Dutch Foundation for Literature



emecé
cruz del sur

Índice

Prefacio	11
Prólogo	19
1 Raíces	23
2 Madre Patria	65
3 Tragedia	111
4 Familia.....	155
5 Hermandad de mujeres.....	197
6 Carácter	233
7 Plata	263
8 Manhattan	303
Agradecimientos	351
Bibliografía	353
Notas	359
Derechos de las fotografías	375

Raíces

Todo aquel que es «alguien» en Buenos Aires, abandona la ciudad el viernes a la noche. Si no fuese porque Máxima, Martín y sus padres lo hacen con tantas ganas, un viaje de trescientos kilómetros al final de una semana escolar sería largo y cansador. Jorge Zorreguieta atraviesa la ciudad en su Ford Taunus, se dirige hacia el noroeste por la ruta 8 dejando atrás el tráfico de la tarde y entra en la pampa, en dirección a Pergamino. En el verano, pasan por campos achicharrados y cultivos de granos que se disuelven en el horizonte. En el invierno la pampa es una naturaleza muerta bajo una luz holandesa intensa. Entonces corre el viento y un cielo color pizarra desciende hasta los campos pálidos.

Máxima Zorreguieta nació y creció en el centro de la ciudad de Buenos Aires. Le gusta el estilo de vida de la ciudad: las heladerías y confiterías, las terrazas parisinas donde damas de ochenta años beben a pequeños sorbos un expreso. Le gustan el teatro, los conciertos y los restaurantes, las fiestas en casas de amigos y los saltos en medio del humo de las discotecas: en todos esos aspectos es una fervorosa porteña. Máxima es

joven en una ciudad mundana que está unida intrínsecamente al campo. Porque en Argentina todo gira alrededor de la familia y de la tierra.

El campo de Jorge Zorreguieta está a unos cuarenta minutos de auto pasando la ciudad provincial de Pergamino. Él, María y sus hijos hablan de Las Escobas como de su campo. Eso no dice tanto sobre la propiedad, como sobre la pertenencia. La explotación agropecuaria que Zorreguieta había contribuido a establecer a fines de la década del 50, y de la que era uno de los dueños, es dirigida por un buen amigo. El interés comercial es limitado, pero la sensación de estar en casa es grande.

Pasan su tiempo libre en el campo desde que Máxima puede recordar. Ya iba flotando al galope por la pampa antes de poder caminar bien. Iba adelante en el caballo, con la espalda contra el pecho de su padre. El recado estaba cubierto con un cojinillo suave y había suficiente lugar para ambos. Más tarde también andaba su madre con ellos, con el pequeño Martín pegado a ella. Pasaban por donde estaban las vacas, veían cómo florecía el maíz y cómo las espigas de trigo se abrían paso fuera de las vainas. A veces pasaban horas andando por la inmensa llanura, los cuatro en dos caballos.¹ Años más tarde Máxima dirá: muy dentro de mí hay una chica de campo.²

Recién sienten que llegaron a Las Escobas cuando se cambian la ropa de ciudad por la de campo. De chiquita Máxima se enorgulleció cuando le dieron su primer uniforme escolar para el colegio Northlands, la escuela donde cursó la primaria y la secundaria. Le gusta usar el uniforme aunque la pollera de lana sea demasiado caliente cuando llega el verano; la hace for-

mar parte del todo. Pero al llegar a la estancia se sacan el elegante *urban casual* de María, el traje del padre y la ropa de la escuela de los niños y se visten como la gente de campo.

Máxima se pone sus tradicionales bombachas medidas en botas altas de cuero. En verano anda en alpargatas con suela de yute. Ella y su hermano Martín usan una boina vasca ladeada, roja o negra. Más adelante Máxima va a desafiar más de una vez las normas sobre cómo debe vestir una princesa de los Países Bajos: lo hará al presentarse con un vestido de cuero negro y botas altas o al ponerse la banda real parcialmente por debajo en lugar de por encima de la ropa, pero, por primera vez, sucede en 2004, cuando Máxima aparece el Día de la Reina en Groninga con una campera de jean y una boina rojo bermellón en la cabeza. Una princesa con jeans y boina roja; nunca antes se habían mostrado así de informales los Orange.

El cambio de ropa en el campo es un ritual con el cual se adaptan a otro ambiente. El uniforme escolar de Máxima queda en un rincón, hasta que el domingo a la noche lo encaja en su bolso justo antes de volver a Buenos Aires. Mudan su vestimenta y pasan a participar de la vida de campo de los estancieros de la ciudad; ya forman parte del campo.

*

En Argentina la agricultura y la ganadería son más que actividades económicas con la que la elite gana su dinero. El campo representa una forma de vida de la que la clase alta argentina deriva parte de su identidad, la del estanciero que disfruta de la vida al aire libre.

Para estos argentinos, la vida rural tiene poco de rústica. Los grandes propietarios de tierras pasan los fines de semana en casas de campo, en los cascos de sus extensos establecimientos ganaderos. Como si transportaran los salones de la capital a la pampa, reciben a los amigos y andan a caballo, cazan, nadan y celebran la amistad bajo la sombra de enormes árboles frondosos o alrededor de una fogata. La casa de la estancia está llena de muebles europeos, libros y arte, y es una manifestación de la civilización occidental.

Cuando los Zorreguieta hablan sobre su casa de campo, dicen «Pergamino», aunque el campo esté en realidad media hora más allá de la pequeña ciudad. Las Escobas es el ambiente en el que se desarrolla su vida rural pero, a diferencia de la elite de grandes terratenientes, ellos colaboran en la explotación. El campo no tiene un gran casco, Máxima y Martín ayudan a arrear las vacas de un lugar a otro, o cuando hay algún ternero lastimado. Cuidan a los caballos que pastan cerca de la casa.

María del Carmen Cerruti, la madre de Máxima, había crecido en Pergamino cuando la ciudad provincial era un hervidero de actividad. Con el suelo más fértil de la pampa, Pergamino se encuentra dentro del «triángulo de oro». Una hectárea de tierra cuesta veinte mil dólares, en ningún otro lado del país valen más los campos. Allí se produce carne argentina, maíz, trigo y, más recientemente, soja.

En Pergamino estaban los mataderos más grandes del país. La carne y otros productos de la tierra se acopiaban allí y se enviaban al puerto en vagones de carga. En las fábricas textiles de Pergamino se confeccionaron durante años los pantalones de Levi's y Lee.

Hoy en día el trabajo en las fábricas está en gran parte fuera de la ciudad. La actividad se trasladó a las afueras de Pergamino donde grandes empresas agro-alimentarias internacionales construyeron complejos industriales. Que la actividad hubiera disminuido en los años en que Máxima iba allí tan a menudo, no tenía importancia. Los Zorreguieta no iban a Pergamino por la actividad citadina: Jorge y María se encontraban allí con la familia y la tierra.

A veces el viaje al campo se interrumpía en Pergamino donde comían con los Cerruti y se alojaban en lo de Jorge Horacio, el único hermano varón de la madre de Máxima. El tío Jorge tenía una casa grande con jardín y pileta. Era veterinario y administraba la estancia de un gran terrateniente.

Máxima dormía con su prima Mariana. Las chicas tenían casi la misma edad y se llevaban bien, tal como las primas pueden ser grandes amigas a pesar de sus diferencias. Máxima siempre llevaba un libro, que permanecía cerrado todo el fin de semana.

Las noches en la pampa encontraban a la familia reunida en torno al fuego y a la música. Tanto en el campo como en la ciudad se ponía una amplia parrilla sobre las brasas y se asaban pollos y lomos tan tiernos que se podían cortar con una cuchara. La hermana de la madre de Máxima, María Marcela, a veces llevaba su auto hasta la mesa del jardín. Abría las ventanillas, ponía un cassette en la radio del auto y se ponían a bailar al son de los parlantes.

En realidad, la historia de la reina Máxima comienza treinta años antes, en Pergamino, en medio del polvo de los caballos que galopan detrás de una bocha.

*

El abuelo de Máxima, Jorge Horacio Cerruti, jugó al polo hasta que fue a parar debajo de su caballo. Rara vez lo llamaban por su nombre de pila. Su nombre completo solo se oyó con fuerza las cinco veces en que su esposa trajo un hijo al mundo. Cuando las contracciones hacían que la distinguida Carmenza clamara por alivio, soltaba un grito que unía su nombre al del causante de su sufrimiento: «¡¡María Jorge Horaciooo!! ». ³ Su hija María Rita todavía se ríe a carcajadas por las historias de los partos de Carmenza. Era una verdadera *prima donna*, aun dando a luz.

Cerruti tenía treinta y un años cuando se casó, el 3 de junio de 1942, con María del Carmen Carricart, llamada Carmenza por todos aquellos que no tenían que decirle «señora». Tal como manda la tradición, Cerruti le pasó su nombre a su primer hijo y único varón, Jorge Horacio. Desde ese momento él pasó a ser llamado Tata. También fuera de su casa se dirigían a él de acuerdo a su función, solo que entonces era el «doctor Cerruti», el anestesista.

Tata era la tercera generación de Cerrutis en Argentina. Su abuelo Giacomo Cerruti partió en barco a los veintitrés años desde Génova a Buenos Aires, justo antes de que millones de europeos cruzaran el océano. Siendo el más joven de ocho, fue un peón de avanzada para su familia. El 17 de febrero de 1850 salió en carreta de la ciudad hacia el campo. Allí yacía la pampa, agrietada bajo el azote del sol.

Esa pampa, palabra de origen quechua que designa la llanura sudamericana y abarca un tercio de Argentina, todo Uruguay y el extremo sur de Brasil, es tan vasta que parece abandonada por la mano de Dios.

Cuando los pioneros ocuparon la pampa, esta estaba cubierta de pasto y arbustos. Casi todos los árboles que había habido allí perecieron en los incendios estivales que, azuzados por el viento, hacían correr el fuego a través de la pampa. Había un solo árbol que se burlaba del mar de fuego, el ombú.

Este árbol patrio, popular entre los argentinos, es estrictamente una hierba pero tiene el tamaño y el porte de una catedral. Por su aspecto salvaje, su ancho tronco del que brotan raíces nudosas que se hunden profundamente en la tierra, por su generosa copa verde que protege al gaucho cuando el aire vibra de calor, el ombú invita a la nostalgia. Pase lo que pase, un ombú permanece. Enfrenta también huracanes, sequías y ataques de insectos, además del fuego. Y si es talado hasta abajo por manos humanas, de su tocón crecen ramas más altas y fuertes que las de antes.

Si bien la pampa y sus vaqueros argentinos tenían en común con las praderas de América del Norte una inmensidad semejante, las condiciones no eran comparables. En el norte, las estepas marrón grisáceo eran ásperas y menos clementes con sus habitantes, que a menudo eran presa de la locura de la pradera. La pampa, por el contrario, era una fuente de prosperidad para los argentinos. Hoy en día se divisan por el horizonte ininterrumpido manchas en movimiento: tractores, vacas y, por supuesto, caballos. Antiguamente, andaban por allí los gauchos.

Y, en 1850, también anduvo la carreta del tatarabuelo de Máxima, Giacomo Cerruti. Viajó de Buenos Aires a San Nicolás de los Arroyos, la ajetreada ciudad portuaria sobre el río Paraná, donde se estableció

como comerciante. Giacomo contrajo matrimonio con Rita, compró varios inmuebles y crió tres hijos en una casona. En 1883, treinta y tres años después de su partida, volvió en barco a Europa por un par de años. Llevó consigo a su familia y a una criada negra a la paradisíaca Chiavari en la Riviera italiana. Sus hijos Tomás y Santiago (bisabuelo de Máxima), asistieron a un prestigioso liceo en Turín para aprender lenguas clásicas; su hija Rita siguió estudios de piano.⁴ Ya de vuelta en Buenos Aires, los varones estudiaron medicina juntos. Santiago se doctoró con un estudio sobre arañas venenosas; se desempeñó como médico en el ejército y se estableció como cirujano en Pergamino cuando se casó con una chica de esa ciudad: María de las Mercedes de Sautú, a la que le decían Mameche.

Hacia finales de siglo, muchos profesionales motivados se trasladaron a Pergamino donde unieron sus fuerzas para levantar la nueva ciudad. Allí se instalaron ingenieros y empresas de construcción, agroindustrias, magnates de la industria textil, comerciantes y médicos emprendedores como Santiago, en los años en que se podían ganar fortunas. Santiago era cirujano en la Clínica Privada Dr. Cerruti fundada por él. En los casos agudos, viajaba con su maletín de médico en un carruaje o en los más rápidos sulkys por la pampa hasta ranchos alejados. Adquirió 2400 hectáreas de tierra y fue intendente de Pergamino un par de años. En el primer golpe de estado militar de la Argentina moderna, en 1930, Santiago renunció a todos sus cargos políticos.

En una plazoleta frente a la estación de tren, ahora abandonada, se encuentra el busto del Dr. Santiago Cerruti. Lleva una corbata de moño, y su correcto bigote

tiene las puntas ligeramente elevadas. La inscripción dice: «Al Dr. Santiago Cerruti. Médico, hombre público, ejemplo de una vida puesta al servicio de la comunidad. Abril 1983». Máxima tenía doce años cuando se descubrió la placa.

Santiago y Mameche tuvieron nueve hijos; ocho varones y una mujer, Marciana, que fue concertista de piano pero luego de su matrimonio nunca más volvió a dar un recital. Su sexto hijo fue el abuelo de Máxima, Jorge Horacio Cerruti.

*

La novia de Jorge Horacio provenía, al igual que él, de una familia de hombres. Su padre también había sido intendente, el primero del pueblo de Gonzales Chaves. Carmenza tenía veintiocho años y era la única hija entre seis varones de una familia originaria del País Vasco francés. La joven pareja posa solemne en su foto de casamiento: Jorge Horacio, de treinta y un años con los hombros y los ojos ligeramente caídos, en un todo de acuerdo con su naturaleza bonachona; la elegante Carmenza, pura determinación.

La sangre vasca de Carmenza se hacía oír. La llamaban brava: era temperamental y cabeza dura. Era una dama con estilo y tenía ideas claras sobre cómo quería que fuera su vida. Su vestido de novia era elegante y glamoroso, de cuello alto sobre un corsé y con metros de cola y velo. Un vestido picante para esa época, por la claridad con que se dejan ver su cintura y busto bajo el encaje blanco.

Cuando Carmenza fue a estudiar un Secretariado a Buenos Aires sus padres le compraron un departamento en el respetable Barrio Norte. Su matrimonio marcó el fin de la carrera de Carmenza fuera del hogar.

Se mudó a Pergamino y de ahí en adelante aplicó su ambición y habilidades a su nueva tarea como jefa de un hogar con personal.⁵

Cuatro años después de su boda, en 1946, Juan Domingo Perón se convirtió en presidente de la Argentina. Dado que Tata se negaba a afiliarse al partido peronista, fue despedido. Luego de la muerte de Evita, en 1952, se decretó duelo nacional por un mes y el Dr. Cerruti se negó a llevar un brazalete de luto.⁶

En la familia se honraban las tradiciones, y cinco hijos recibieron el nombre de sus padres. Después de Jorge Horacio (1943) siguieron cuatro Marías: la madre de Máxima, María del Carmen (1944), María Rita (1947), María Marcela (1950) y María Cecilia (1952). Tata adoraba a su Carmenza y le daba todos los gustos, especialmente si se trataba de las comidas. A Carmenza le encantaban las alitas, y cuando la cocinera llevaba el pollo a la mesa, las alitas eran para ella.

Cuando había un conflicto entre Carmenza y sus hijas, Tata hacía de pararrayos. Todos los mediodías dejaba la clínica para almorzar en su casa. Un día entró y escuchó gritar a Carmenza: «¿Dónde está mi dulce de leche?!». Estaba haciendo un postre y no podía encontrar el dulce de leche. Tata tenía sus sospechas... Él, eterno pacificador, la apaciguó: «Ay, Carmenza querida, lo siento, tenía tanta hambre ayer, que me comí todo el dulce de leche a cucharadas». María Rita estaba en el pasillo con la espalda contra la pared, y se escapó de allí con un suspiro de alivio.⁷

*

Los domingos Tata montaba a caballo. Fue un entusiasta jinete de polo hasta que su caballo tropezó y

rodó sobre él. Así mueren jugadores en el campo de juego, pero Tata sobrevivió. Después, se convirtió en árbitro. Desde los catorce años había pasado mucho de su tiempo libre junto a la cancha y dentro de ella.

En Argentina el polo forma parte importante de la vida rural de la elite. Los estancieros, los médicos como los Cerruti y otros notables, juegan al polo junto con sus hijos. A veces hay varias generaciones y varios miembros de la familia en el mismo equipo. Las canchas de polo forman el corazón de los clubs de campo alrededor de la capital: grandes parques arbolados con piletas de natación y canchas de golf en los que las familias adineradas tienen casas de fin de semana.

El polo fue introducido en Argentina por los británicos, y desde entonces los argentinos sobresalen en él. Es una continuación lógica del entrañable amor del argentino por los caballos, que expresan cómo se forjó una vida allí. Los caballos son un símbolo de quién es: un descendiente de los pioneros que conquistaron esa tierra, primero de los indígenas y luego de los españoles.

El hombre de las pampas, el gaucho, fue el héroe de esas luchas. El gaucho, que vivía arreando tropas de vacunos y caballos salvajes, tenía una mezcla de sangre indígena, negra, mulata y blanca europea. Era un hombre libre, un nómada a caballo, fundido con su caballo de monta, instrumento de trabajo y objeto de adoración a la vez. En las luchas contra las tribus nativas y los españoles, los vaqueros argentinos iban a la delantera como caballería.

El gaucho llevaba un sombrero de ala ancha o una boina, un pañuelo al cuello y, sobre su camisa blanca, un poncho de lana con diseños geométricos. Se valo-

raba su negativa a someterse y su intrepidez para dominar a los caballos y vacas con los que trabajaba. Se apreciaba su resistencia ante los elementos, su hosca sensibilidad, su dieta de carne y mate amargo y su música, que resonó en el tango. Los argentinos no tenían seres divinos en el Olimpo, tenían al gaucho. Él alimentó leyendas, canciones y la literatura.

Más tarde el gaucho pasó de ser un rebelde a ser un empleado con un puesto en las grandes estancias: un peón de campo que se ocupaba del ganado. El verdadero vaquero argentino se convirtió en folklore. En las clases de historia de la escuela y por los cuentos de su padre, Máxima aprendió lo íntimamente ligado que estaba el gaucho a la historia de su madre patria.

*

El amplio y confortable recado fue reemplazado por una montura inglesa rígida de cuero para jugar al polo. Los caballos de la pampa tenían el tamaño y el temperamento para el juego. El petiso de polo debe ser rápido y maniobrable, no ser temeroso y ser entusiasta en el juego. No hay terreno más apto para la cría de caballos y el juego de polo que la llanura argentina. Los mejores haras están allí. Los mejores entrenadores de caballos de polo trabajan en la región pampeana. Los pocos jugadores en el mundo que tienen diez de hándicap son, sin excepción, argentinos.

El Club de Polo de Pergamino fue fundado en 1925 por once hombres, entre ellos los Cerruti, Tomás y Santiago (el bisabuelo de Máxima); los hermanos siguieron teniendo una relación muy cercana toda su vida.⁸ Tata fue durante años presidente del club de

polo que fundó su padre. El árbol genealógico de Máxima Zorreguieta incluye hombres que jugaron un papel en su comunidad, fundaron empresas o asociaciones, como el club de polo. Eso no quiere decir que algunas historias no superen un poco a la realidad.

Así es que en la familia de Máxima se dice que su padre, Jorge Zorreguieta, fue uno de los fundadores del Club de Polo de Pergamino, junto con Tata. Esa confusión de la historia no es una mentira. Es algo típico de una familia ambiciosa, en un país que anhela colectivamente una bella y grandiosa historia. En Argentina a las historias familiares a veces se les agrega, como en los relatos del colombiano Gabriel García Márquez, una pizca de mito.

Tata conoció a la familia López Gil en las canchas del Club de Polo de Pergamino. Arturo López Gil tenía dos hijas: Graciela y Marta. Graciela estaba casada con un excelente jugador de polo: Jorge Marín Moreno, más conocido como Cacho. Cacho vivía y trabajaba en Buenos Aires. Los fines de semana él y Graciela conducían hacia el noroeste para el almuerzo familiar de los domingos y empezó a llevar cada vez más seguido un amigo.

Ese amigo no provenía de una familia de polo, pero quería aprender a jugar. Cacho le enseñó los principios básicos de la bocha y el taco en un campo en las afueras de Buenos Aires. Lo presentó a su familia política y a los miembros del club de polo. Jorge Horacio Zorreguieta se llamaba igual que el Dr. Cerruti, y no podía sospechar que le habían presentado a la vez a las familias de su primera y de su segunda esposa.

Participó como defensor en su primer partido. Ser un principiante no le quitaba a Jorge Zorreguieta nada

del placer que sentía por el deporte ecuestre. Era atlético, fuerte y disfrutaba de los caballos y de la simultaneidad emocionante con ellos, levantando polvo y girando, persiguiendo una bocha de madera blanca laqueada. El entusiasmo era su punto fuerte.

La ciudad era el hábitat de Jorge Zorreguieta pero allí se enamoró de la vida rural. Aunque el Dr. Cerruti tenía diecisiete años más que Zorreguieta, Tata y él se llevaban muy bien. Se hicieron amigos y pronto tuvieron tanta confianza que él llamaba al doctor con bigote italiano «el Pelado». A Jorge Zorreguieta le empezaron a decir Coqui, como lo hacían su familia y sus amigos. Al final de la tarde también en el club la carne iba a parar al asador y los hombres tomaban una copa. Fuera de la capital, el vino y el asado eran componentes fijos de un partido de polo. El asado es mucho más que una comida. Es un culto a la carne. Las reglas que rigen para el tipo de leña y la preparación tienen la fuerza de preceptos alimenticios religiosos. El gaucho mitigaba los largos meses de soledad en la pampa al calor de las llamas. El argentino hoy en día disfruta de su grupo de gente alrededor del fuego.

No fue solo el polo la razón por la que Zorreguieta siguió yendo a Pergamino. Hizo buenas migas con Marta, la hermana menor de Graciela, una joven reflexiva que apreciaba el arte igual que él.

Marta López Gil estaba embarazada de tres meses cuando se casó con Jorge Zorreguieta el 16 de enero de 1956 en Pergamino. Pocas veces las bodas argentinas se celebran a mediados de enero. La ciudad en ese período es calurosa y tranquila; es el mes en que, los que pueden permitírselo, disfrutan las vacaciones de verano junto al mar. Pero, al igual que su abuela, Jorge tuvo que enca-

rrilar su pasión dentro de la ley y de la sociedad. La boda no podía esperar. Su buen amigo Cacho se convirtió en su cuñado. El 25 de julio de 1956 nació María Zorreguieta, la mayor de las tres medias hermanas de Máxima.

*

Arturo López Gil, el padre de Marta, poseía algunas hectáreas de tierra a una media hora en coche de Pergamino. Arturo siempre había trabajado en la actividad agropecuaria. En torno a la mesa surgió el plan de empezar una explotación agrícola con Cacho y Coqui. Después de que Jorge, de niño, hubiera visitado con su padre la gran Exposición Rural, siguió interesándole la agricultura. No tanto como para convertirse en un agricultor a tiempo completo (después de todo, un verdadero hombre de campo ya nacía y no se hacía), ni para cambiar la ciudad para siempre por el campo. No, Jorge buscó la vida rural para complementar una existencia urbana.

En 1955 los tres hombres compraron más tierra y pusieron en marcha una explotación agropecuaria en 400 hectáreas a la que llamaron Las Escobas. Es un misterio por qué la llamaron así; nadie parece saberlo.

Jorge combinaba su trabajo en una compañía de seguros con su actividad como agricultor. Todos los fines de semana iba con Marta y la pequeña María a Las Escobas. A partir de 1958 se les unió su segunda hija, Ángeles. Al comienzo cultivaban maíz y trigo, y más tarde también soja, que desde 1995 cubriría una superficie cada vez más grande de las tierras agrícolas sudamericanas. Jorge, Cacho y Arturo también tenían vacas, unas cuatrocientas al final. Cuando la estancia estaba funcionando bien, surgió el siguiente gran plan.

Los amigos Cacho y Coqui querían tener su propia cancha de polo más cerca del campo: la pampa extiende las distancias, los vecinos más cercanos vivían a unos cinco kilómetros y el Club de Polo de Pergamino estaba a cuarenta minutos en auto. Y entonces los hombres empezaron un nuevo proyecto. A unos diez kilómetros del campo armaron un par de canchas. El terreno estaba cerca del campo de la familia Delcel, la Estancia 18 de Julio. Al igual que los Cerruti era una familia de médicos, de cirujanos ortopédicos. Más adelante uno de ellos operó a Jorge de la rodilla en Buenos Aires y otro operó el codo de su hijo menor, Juan. Al pequeño club de polo le pusieron los nombres de sus estancias: 18 Escobas.⁹ Jorge y Cacho guardaban sus caballos en su campo. Más adelante, Máxima y Martín irían a menudo en los caballos de su padre hasta las canchas de polo, a una hora de distancia. Después, el club pasó a llamarse Las Escobas y existió hasta que Cacho murió en los años noventa. Las canchas de polo se araron y volvieron a cultivarse.

*

Aunque Coqui y Cacho tenían ahora su propia cancha de polo, seguían yendo a Pergamino para los partidos. Allí Jorge Zorreguieta conoció a la familia del Dr. Cerruti. En primer lugar a Carmenza, soberana de su pequeño reino, a quien su marido tenía entre algodones. También al hijo del Dr. Cerruti, que se llamaba Jorge Horacio igual que el padre, estudiaba veterinaria en Buenos Aires y volvía para jugar al polo. Había cuatro chicas Cerruti, todas con el mismo nombre y la tozudez de su madre.

A la hija mayor, María del Carmen, los Cerruti le decían «María Pame». A diferencia de su hermano y sus hermanas, María Pame no se fue a estudiar a Buenos Aires. Su propia madre había aprendido un oficio en tiempos bastante más conservadores: Carmenza había estudiado un secretariado, pero María Pame se quedó en su casa. En ese sentido parecía más dispuesta a vivir una vida según un guion tradicional que las hermanas que la seguían.

María Rita, en cambio, no veía la hora de partir hacia Buenos Aires. Ella, la alegre niña revoltosa, ya quería irse a los catorce años, pero Carmenza la disuadió de su poco afortunado plan. (Cuando Carmenza aún era capaz de refrenar a su hija.)

Eran mediados de los años sesenta, la juventud buscaba liberarse y en la casa mantenían las riendas cortas. Carmenza era formal y extremadamente organizada.¹⁰ El orden era para ella un asunto de vida o muerte. Aunque Tata irradiaba una alegre jovialidad y todas sus hijas lo adoraban, tenía una autoridad natural, tanto fuera de casa —donde era el Dr. Cerruti o el presidente del club de polo— como dentro, donde se conformaba con el rol de devoto esposo y padre alocionador.¹¹

María Rita tenía quince años cuando el Rotary Club de Pergamino organizó una fiesta para recaudar fondos para una obra de beneficencia. Había un concurso de rock and roll y María Rita se inscribió. Cuando le llegó el turno le quedaban incómodos sus zapatos elegantes. Se los sacó y concursó descalza por el primer premio. Al día siguiente Tata la llamó después de su trabajo. «¿¿Qué he oído?? » En la calle y en el hospital lo habían abordado por su hija revoltosa

que bailaba descalza. María Rita recibió un sermón. Tuvo que prometer nunca más dejarse llevar así. Y nunca más bailar descalza. Se prestaba atención a los hijos del doctor.

Jorge Zorreguieta debe de haber conocido a María Pame a mediados de los años cincuenta. Probablemente habló con ella algunas veces, como uno charla con los hijos de un buen amigo. María Pame era la mayor de las cuatro hijas del Dr. Cerruti, que se parecían entre sí. Zorreguieta tenía una familia joven y trabajaba mucho. María Pame no era precisamente una persona que llamara la atención al final de su adolescencia. Se la ve dulce y agradable en una foto familiar cerca de 1963, con unos grandes ojos marrones que, como los de su padre, descienden un poco en los extremos, redondos y suaves como los de un cachorrito.

Hay chicas que se van desarrollando en forma imperceptible a partir de los doce años: la silueta femenina se va formando poco a poco, pero no cambian esencialmente. María Pame pertenecía a otro tipo de mujer. Hasta los veinte años fue la típica hija mayor: responsable, servicial, una cariñosa hermana mayor. No tenía la audacia de sus hermanas menores, era infantil, algo regordeta y un poco tímida.

Después, como si se despojara del manto de la infancia, apareció de pronto una hermosa joven. Alguien que vestía bien, acentuaba sus ojos con rimmel, se movía cada vez con más soltura en las fiestas y se hacía oír cada vez más. María Pame tuvo bastantes pretendientes y dos veces estuvo brevemente de novia, pero la cosa quedó ahí. Su hermana María Rita quería ir a Buenos Aires a toda costa a estudiar Nutrición. A Car-

menza le pareció bien que la mayor, la sensata María Pame, fuera con ella. En algún momento a mediados de los años sesenta las dos hermanas se mudaron a Buenos Aires con su hermano Jorge.¹²

María Pame encontró trabajo en la nueva revista *Primera Plana*. Concebida según el ejemplo de las revistas norteamericanas como *Time* y *Newsweek*, desde 1962 publicaba semanalmente artículos sobre política, economía y cultura. Trabajaban en ella grandes nombres: el escritor argentino Tomás Eloy Martínez era jefe de redacción, el novelista Mario Vargas Llosa era corresponsal desde Lima.

María Pame tenía poco más de veinte años y era asistente de redacción. Se ocupaba de la administración, contestaba el teléfono y redactaba las actas de las reuniones. Aunque el semanario tenía un perfil nacionalista y conservador, fue clausurado algunas veces por el gobierno militar. Tal vez fue por eso que Tata quiso que ella buscara otro trabajo, alguno con menos política y más seguridad; en todo caso le preguntó a su buen amigo Jorge Zorreguieta si tenía trabajo para su hija mayor.

Zorreguieta trabajaba en distintas cosas a la vez, tal como seguiría haciendo el resto de su carrera, a excepción de sus años en el gobierno. Junto a su trabajo en la compañía de seguros y su participación en Las Escobas, se había sumado a la Sociedad Rural, asociación que se ocupa de los intereses de gran parte del sector agropecuario. Y además, había montado con su amigo Guillermo Cabanillas una oficina de despachantes de aduana. Entonces, sí, claro que Jorge tenía trabajo para la hija del Dr. Cerruti. Ese es el poder de la red, tipo clan, entre las familias que tienen un trato estrecho: se ayudan unas a

otras. Además, la gente prefiere trabajar con conocidos, o con un contacto de un conocido, porque eso garantiza la lealtad. En 1967 María Pame entró a trabajar en Cabañillas y Zorreguieta SH como secretaria.

Jorge Zorreguieta tenía treinta y nueve años, y era tan ambicioso como alegre y atractivo. Era el tipo de hombre al que sus colegas tenían en alta estima. También María Cerruti, a los veintitrés años, estaba encantada con su jefe.

*

Zorreguieta se había convertido en padre por tercera vez en 1965. Pero además de tener tres hijas, Jorge Zorreguieta y Marta López Gil también tenían un matrimonio en graves problemas. Sus vidas se habían desarrollado en direcciones opuestas. Luego de estudiar Filosofía, Marta hizo un doctorado en Filosofía, investigaba acerca de la posición de la mujer y enseñaba en la universidad. Publicó una serie de libros y se convirtió en una conocida filósofa progresista. Jorge Zorreguieta, por el contrario, nunca había mostrado un verdadero interés intelectual. No era un lector sino un conversador, un diplomático nato. Y tenía éxito en los círculos más conservadores de Argentina. Él y Marta se separaron no mucho después del nacimiento de su tercera hija, Dolores.

Claro que María Pame era una excelente encargada de oficina. La organizó meticulosamente. El orden era tan natural para ella como respirar. Era una profesional hasta en los más pequeños detalles, exceptuando que se enamoró de su jefe. Entre importaciones y exportaciones, comenzó un romance que fue más que una aventura. Jorge Zorreguieta descubrió que no se había

casado con su gran amor. El divorcio no era una opción, al menos no en forma oficial. No solo estaba muy mal visto en la Argentina católica, sino que el divorcio no estaba permitido ni por la iglesia ni por la ley. Pero los amantes no tenían dudas.

María Pame podía imaginarse perfectamente la reacción de sus padres. Su hermana tres años más joven la había precedido. María Rita había conocido en Buenos Aires a un hombre separado. Ella sabía que nunca podría haber nadie más que él. Le llevaba veintidós años. Cuando María Rita fue a Pergamino para presentárselo a su padre y a su madre, la cosa se puso fea. Tata le dijo: «Nunca me pidas que lo vaya a querer. Voy a odiar a este hombre por el resto de mi vida». ¹³

El hecho de que Tata conociera bien al amor de María Pame, dieciséis años mayor que ella, no fue una circunstancia atenuante. Por el contrario. Un buen amigo, su camarada de polo, alguien a quien él mismo encima le había pedido un trabajo para su hija, se estaba yendo con ella. Coqui había traicionado la amistad entre ellos. Y lo peor de todo: ese hombre estaba casado y era padre de tres hijas. Esto llevó otra vez a Tata y a Carmenza a imponer la sanción extrema que a todos hería, la explosiva opción de las culturas familiares del sur de Europa. Cuando María Pame y Coqui anunciaron su compromiso sus padres dijeron: «Si ustedes se casan, no queremos verlos nunca más».

Durante un tiempo la situación fue muy difícil. Los fines de semana de María Pame y Jorge en Pergamino fueron suprimidos. En abril de 1970 viajaron a Paraguay para casarse. Aunque su matrimonio fuese ilegal en Argentina, eso validó su amor. Compraron un discreto

departamento en Recoleta y los cuarenta y ocho años posteriores se alegraron cada día de que les hubiera importado un comino el código civil y Carmenza.

Ante la ley argentina el compromiso entre Coqui y María Pame solo pudo establecerse en 1987. A partir de ese año fue posible el divorcio. Máxima tenía dieciséis años cuando sus padres se casaron.

En la familia Cerruti se calmaron los ánimos. Tata y Carmenza habían desterrado a dos de sus cuatro hijas a causa de hombres que no aprobaban, pero después, afligidos por extrañarlas y ya calmados, volvieron a acogerlas. Aunque Tata había jurado odiar al marido de María Rita hasta su muerte, veinte años más tarde lloraba ante su tumba. Su hija tenía cuarenta y dos años y había quedado viuda. Con María Pame las cosas se recompusieron aún más rápido. Cuatro meses después de su boda secreta, fue a contarles que estaba embarazada.

*